

CAPÍTULO I

Cualquier tiempo pasado...

«(...) Esta es la historia de nueve amigos, una mansión, varios viajes, litros de alcohol y fiesta. (...) Pero cuidado. Dicen que las primeras impresiones engañan. El paraíso perdido puede ser, en realidad, el mismísimo infierno de Dante. Basta con sumar al vodka y a las discotecas trabajo, rutina, madrugones y 30 resacas seguidas. Ni más ni menos.

«Es difícil compaginarlo todo, pero es lo que toca. Necesitamos dinero para comer. Bebemos cada noche, y a la mañana siguiente no tenemos más remedio que ir con dolor de cabeza al curro», explica a EL MUNDO Manelyk, una de las protagonistas de MTV Súper Shore, entre unas paredes manchadas de chocolate, cristales rotos y otras secuelas de las múltiples juergas.

La producción que el canal MTV lanza este martes a las 22.00 horas, es la edición más internacional de este formato: se estrenará simultáneamente en España, Francia y Latinoamérica, y contará con nueve jóvenes mexicanos, italianos, brasileños y, cómo no, españoles. (...) (Castillo: 2016)».

Esta noticia me asaltó al leer, en la web, el diario *El Mundo* del 2 de febrero de 2016.

Tocado en mi curiosidad, quise verificar la temática del programa, y encontré esta noticia difundida, también, en la página web de la *Cadena Ser*:

«No se puede decir que “Gandía Shore” marcarse un antes y un después en la televisión española, pero cabe reconocerle el mérito de haber entrado por la puerta grande en el territorio del reality, tratándose de una modesta producción en una cadena como MTV España, cuyos presupuestos están lejos de los programas de tele-realidad que pululan por las parrillas de Mediaset o Atresmedia.

“Gandía Shore” se estrenó en octubre de 2012. Se había grabado durante el verano de ese año en un chalet de la localidad valenciana de Gandía, en el que se metió a un grupo de ocho jóvenes de entre 20 y 26 años para que dieran rienda suelta a sus deseos de desfase, sexo y fiesta. Un homenaje a la cultura nini que sorprendió al público más joven, y que convirtió este reality franquicia de MTV (en EE.UU. funcionaba “Jersey Shore”) en un boom dentro de las redes sociales (Redondo: 2016)».

Hace tiempo que vengo padeciendo una irresistible náusea por muchas de las cosas que acontecen en esta sociedad que nos toca vivir. Algunas de ellas se reflejan

en noticias como las que recojo, que, sorprendentemente, encuentran hueco en prestigiosos medios como los que las difunden, y contribuyen, decisivamente, a que mi interés por muchos aspectos de la sociedad actual sea, definitivamente, ninguno. ¿A quién le puede interesar una sociedad como la que se refleja en esas noticias y en la que dicen homenajear a la cultura *nini*? La respuesta es contundente: a muchos millones de televidentes y usuarios de redes sociales... en todo el mundo. Ese es el problema.

Estas pseudo-noticias, que con toda seguridad no merecen ni la relevancia que le dieron los medios ni la que yo le otorgo en este ensayo, tan solo sirven para poner de manifiesto algunas de las muchas debilidades que vive nuestro tiempo. Para mí, he de reconocerlo, han representado también un estímulo, un aguijón en mi sensibilidad como miembro de esta sociedad y corresponsable de su realidad, y un despertar de mi necesidad de empezar a rebelarme contra ellas. Encadenar palabras en un papel en blanco tiene, en este caso, un doble objetivo: intentar encontrar razones suficientes a través de la reflexión, espontánea y a veces desordenada, para intentar reconciliarme con esta sociedad que yo llamo *móvilizada*, o, definitivamente, declararme en conflicto con ella.

Si «mundo», como dice Ortega, al que citaré mucho en este ensayo, «es el repertorio de nuestras posibilidades vitales» (Ortega 2010:107), hoy podemos afirmar que

nuestra sociedad, gracias a las nuevas tecnologías, cuenta con unas posibilidades, en todos los ámbitos, desde el intelectual al laboral, pasando por el relacional y el de ocio, sencillamente extraordinarios. Mi duda, a la vista de lo que nos rodea, estriba en saber si estamos siendo capaces de aprovecharlo.

Si tuviera que explicar o definir, desde mi óptica, con talante positivo y generoso, a la sociedad española del siglo XXI, diría que es una sociedad que progresa en lo material, de la mano de la tecnología y de los avances científicos; que ha facilitado a los jóvenes el acceso a la formación universitaria o profesional; que posee, por tanto, un alto índice de titulados, y que ha sabido construir, por sus avances sociales, lo que se ha dado en llamar el Estado del bienestar. Por otra parte, si hiciera la misma descripción pero desde una lectura más crítica, diría que es una sociedad vulgarizada, poco comprometida, en la que se habla mucho de derechos y muy poco de obligaciones. Que lo que somos viene definido, en gran medida, por el título que cuelga en la pared, y no por lo que hacemos y/o como nos comportamos, que está dirigida desde la mediocridad y el ego, y que, víctima de su incompetencia, parece caminar hacia su propio final.

El filósofo D. Gustavo Bueno, recientemente fallecido, decía en una entrevista del diario *El Mundo* (Barbancho: 2015), en una muestra inequívoca de la lucidez que

mostraba a sus 92 años: «El problema más grave que tiene España es la *estupidez*».

¡Qué cosas tenía usted, Don Gustavo!

Pero sí, seguramente tenía razón. Si uno lo piensa, se da cuenta enseguida de que ahí, en la estupidez, está seguramente la raíz de nuestros males, una estupidez que se ha convertido, por derecho propio, en patrimonio inmaterial de la humanidad.

En la misma línea, quiero citar una entrevista realizada por el periodista Jordi Évole al ex presidente de Uruguay, don José Mujica; el periodista le preguntó que, a lo largo de sus años como presidente, qué político de todo el mundo le había impresionado más. D. José Mujica se tornó pensativo, se tomó un tiempo que pareció una eternidad y, sencillamente, dijo: «yo creo que nunca hubo tanta mediocridad» (Évole: 2015).

Él, don José, se refería a la clase alta de la política en todo el mundo; yo, con su permiso, lo extiendo a la sociedad en su conjunto, ya que los políticos no son otra cosa que el reflejo de la sociedad a la que representan. Las noticias que encabezan este ensayo son buena muestra de ello.

Es evidente que, dado lo que vemos, leemos y escuchamos cada día, podría caerse en la tentación de decir que cualquier tiempo pasado fue... no lo termino. Mis admirados filósofos del humor, Les Luthiers, genios del discurso, maestros de la palabra, con sus equívocos y sus

dobles sentidos, sentenciaron, con su fina inteligencia, que: «Cualquier tiempo pasado fue anterior». Es, sin duda, una verdad indiscutible, objetiva; podríamos decir que es una Verdad con mayúscula.

Mi pregunta es si a esa verdad de Les Luthiers, podemos ponerle, sin temor alguno, el adjetivo «peor» o «mejor»; o si, en el peor o mejor de los casos, somos capaces de aplicarlos en determinadas circunstancias o situaciones.

Aristóteles (2011), allá por el siglo IV a.C., decía que toda actividad humana tiende a algún fin, y que el fin último, como fin en sí mismo, es la felicidad. Podría ser un buen punto de partida intentar averiguar si en los tiempos actuales existen más medios para llegar a ella, aunque la duda permanente es, precisamente, ¿cómo se alcanza la felicidad? Para algunos, el camino, al parecer, es el de los *realities* como los que inician este ensayo, para otros, como es mi caso y supongo que el de muchos más, intentar alcanzar la felicidad exige recorrer otros caminos muy diferentes, aunque sin garantía alguna de alcanzarla.

En cualquier caso, no hay una respuesta universal homologada; cada ser humano, en la construcción de su vida, tiene que ocuparse de la siempre compleja tarea de buscar y descubrir su propio camino. Como dice Ortega: «Porque —repito— algo, sin remedio, tenemos que hacer o que estar haciendo siempre, pues esa vida que nos es

dada, no nos es dada hecha, sino que cada uno de nosotros tiene que hacérsela, cada cual la suya» (Ortega 1957:66).

Es verdad, también, que en ese camino de búsqueda los bienes que la vida te ofrece son una ayuda aunque lo importante, interpretando a Aristóteles (2011), es saber combinarlos con sabiduría. Él los dividía en tres tipos: bienes externos, bienes del cuerpo y bienes del alma. Los primeros nos los dan fundamentalmente, como ha ocurrido en todo tiempo: lo material, el dinero, el poder... Los bienes del cuerpo están marcados por la salud y el placer, y los del alma por la contemplación y la sabiduría.

«(...) no ha de pensarse que para ser feliz va a precisar de muchas y grandes cosas (...)» (Aristóteles 2011:306).

¿Hemos progresado, de verdad, en el camino de ponderar de la manera más adecuada las dosis de los bienes aristotélicos, especialmente los bienes externos?

No soy optimista en este punto. Tengo la sensación de que, contrariamente a lo recogido en la cita aristotélica, el hombre y la mujer del siglo XXI, inmersos en una brutal sociedad consumista, para sentirse efímeramente felices, parecen padecer el ansia de precisar muchas y variadas cosas... aunque sean inútiles. En este sentido cabría pensar que estamos más cerca del concepto de felicidad hobbesiano: «(...) La felicidad es un continuo

progreso de los deseos, de un objeto a otro, ya que la consecución del primero no es otra cosa sino un camino para realizar otro ulterior» (Hobbes 1982: 84)

Hobbes, en el siglo XVII, parecía anticipar, en buena medida, el comportamiento del ser humano de nuestro tiempo, un tiempo en el que parece que los conceptos de consumo y de felicidad van inevitablemente unidos sin que sepamos muy bien porqué. O quizá sí; quizá la explicación podamos encontrarla en nuestra particular forma de entender el progreso. Hay palabras cuyo significado y contenido son difíciles de explicar, seguramente porque son utilizadas, demasiadas veces, en un sentido inapropiado. Una de ellas es, sin duda, la palabra «progreso».

Hace algún tiempo, en una entrevista a un líder político, ya retirado, le planteaban, de manera directa, si estaría a favor de un gobierno progresista. Inteligentemente, devolvió la pregunta al entrevistador: «¿Qué es lo que entiende usted por progreso?». He de reconocer que su respuesta me llenó de alegría y de sorpresa; personalmente, al margen de posiciones ideológicas que en este caso carecen de interés, me sentí plenamente identificado; yo llevo haciéndome esa pregunta desde hace mucho tiempo, es decir, me pregunto y me gustaría saber qué entienden por «progreso» o «progresista» quienes utilizan con tanta asiduidad esas palabras, sobre todo en el ámbito político. Quizá sea el ejemplo de cómo la sociedad